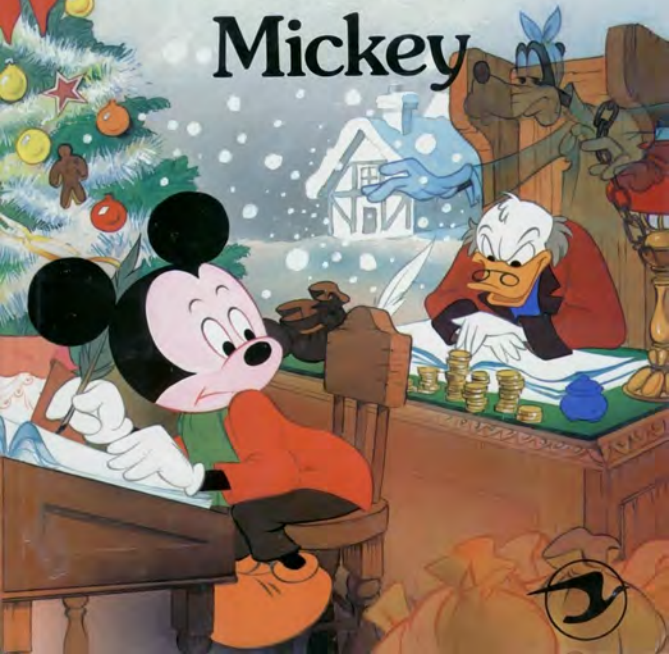


WALT DISNEY

La Navidad de Mickey



WALT DISNEY

La Navidad de Mickey

Según la obra de Charles Dickens

Traducción: Geneviève Naud

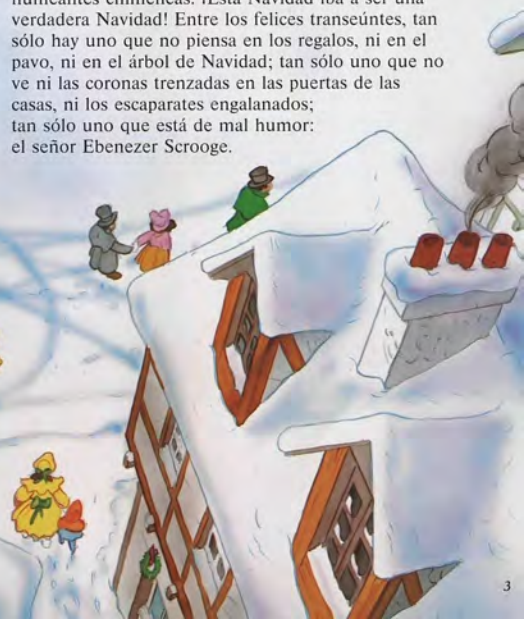


Ediciones Gaviota, s.a.

MADRID — ESPAÑA



En Londres suele llover más que nevar. Pero el veinticuatro de diciembre de aquel año no había ni niebla ni “calabobos”, sino suaves copos de esos que le cosquillean a uno las orejas y que dejan sobre las calles un gran manto blanco; también los había sobre los tejados de las casas, por supuesto, y encima de las calesas, en las repisas de las ventanas y sobre las humeantes chimeneas. ¡Esta Navidad iba a ser una verdadera Navidad! Entre los felices transeúntes, tan sólo hay uno que no piensa en los regalos, ni en el pavo, ni en el árbol de Navidad; tan sólo uno que no ve ni las coronas trenzadas en las puertas de las casas, ni los escaparates engalanados; tan sólo uno que está de mal humor: el señor Ebenezer Scrooge.





*¡Navidad! ¡Navidad!
Día bendito, día de alegría.
¡Navidad! ¡Navidad!
Tú que tienes calor en tu casa,
Piensa en los que tienen frío.
¡Navidad! ¡Navidad!
Día de amor y de bondad.
¡Navidad! ¡Navidad!
¡Transeúnte con el vientre lleno,
Piensa en los que tienen hambre!*

—¿Quiénes son esos chiflados? ¡Le rompen a uno los oídos con sus cánticos de tres al cuarto, y no piensan más que en quitarle a uno las perras! ¡Si los pobres son pobres, se lo tienen bien merecido! Y si quieren ser ricos, sólo tienen que hacer como yo... ¡Ah! ¡Ah!

—¡Por favor, señor, tened piedad de este pobre infeliz!

—Ayúdame, amigo mío, y Dios te ayudará... ¡en fin, si le da la gana —añade Scrooge para su colete—, vamos!

Con el pretexto de que es Presidente Director General del Banco Scrooge y Compañía, el señor Scrooge es perseguido sin cesar por todos los infelices, pedigrüños y mendigos de la ciudad. ¡Y creedme, ser rico en los tiempos que corren, no es nada divertido!



Para evitar todos los gastos superfluos, el Banco Scrooge no tiene más que un empleado: Cratchit, que hace las cuentas y la colada del jefe. Para él trae Scrooge este gran saco de ropa sucia. Antaño, Scrooge tenía un socio: Marley. "Un buen tipo", piensa cada vez que ve ese nombre tachado en el rótulo de su banco. Y, con la punta de su bastón, le da un golpecito amistoso. "Desplumaba a las viudas, engañaba a los huérfanos y desfalcaba las herencias en beneficio propio: ¡todo lo que hace falta para ser un buen banquero!" Desgraciadamente, el pobre (es un decir) murió hace siete años, precisamente el día de Navidad. Sólo dejaba algo de dinero para pagar su tumba. Todo el resto, una fortuna, debía ser enterrado en un cofre junto a él. Así rezaba su testamento, y así se hizo. ¡Descanse en paz!



Cratchit lleva trabajando en su despacho desde las cinco de la mañana, y se ha quedado helado. Hay que decir que en el Banco Scrooge y Compañía no hay apenas calefacción. "Una buena bufanda vale más que un trozo de carbón", tal es el lema del jefe. Es verdad que una bufanda puede durar toda la vida y que un trozo de carbón se consume en un santiamén... Pero, cuando uno tiene los pies y las orejas como un témpano, no hay nada como una buena lumbre. Es la opinión de Cratchit. Después de haberlo dudado mucho, y tiritando de frío, se decide. Pero, ¡ay!, apenas levanta el cubo cuando suenan unos pasos en el patio: ¡el señor Scrooge!





—¡Ah! ¡Te pesqué, canalla! ¡Pero tú quieres arruinarme!
—exclama furioso el banquero. Y, con rabia, arrebata el trozo de carbón a su empleado y lo tira al suelo. Por suerte, Cratchit recupera a tiempo el precioso combustible:

—No era para mí, señor, sino para mi tintero: la tinta está helada y ya no puedo escribir...
El argumento parece válido y, tras verificar que Cratchit ha dicho la verdad, el señor Scrooge le otorga su perdón... y luego vuelve a meter el carbón en el cubo.



—Decíamos pues: $5 + 5 + 3000 - 34$, me llevo 15 y son 7...

Al señor Scrooge lo que más le gusta es contar sus monedas. Las toca, las sopesa, las huele, hace montones pequeños y montones grandes con ellas, y las frota de una en una cada mañana para que brillen..., ipero cuidándose mucho de no desgastarlas!

Cratchit, por su parte, ha vuelto a su trabajo, pero sin ganas: tiene algo importante que pedir..., pero no encuentra el momento apropiado, no se atreve. Entonces es cuando se abre la puerta estrepitosamente...





—¡Hola y feliz Navidad a todos!

—¡Buenos días, señor Fred, feliz Navidad a Vd. también! —exclama Cratchit resplandeciente: la llegada del sobrino del señor Scrooge quizá le saque de apuros.. Y en efecto:

—¡Pero, tío!, —se extraña en seguida el buen Fred—. ¿Está haciendo trabajar a este pobre Cratchit en Nochebuena?

—¿Y por qué no? —se indigna Scrooge—. ¡Si tuviéramos que honrar a todos los santos, mal irían los negocios!

—¡Pero mañana es Navidad!

—¡Y Navidad es un día de trabajo como otro cualquiera! Cratchit, desanimado, vuelve a enfrascarse en sus libros de cuentas.



—Yo que había venido a invitarle a la cena de Nochebuena...
—¡Cena de Nochebuena! ¡Cena de Nochebuena! ¡Soy lo bastante mayorcito para alimentarme solo! —grita Scrooge fuera de sí—.
¡Vamos, basta de perder el tiempo para nada!
Al volver a la mesa, su sobrino le retiene:
—Acepte al menos esta corona. La trené yo mismo con mucho cariño.
—¡Cariño! ¡Amor! ¡Puedes colgártelo del cuello, tu cariño, y la corona también! ¡En esto, cogiendo la corona, se la mete por la cabeza hasta los hombros y, con una patada en el trasero, manda a paseo al infeliz!



Pero Fred es testarudo: al salir, cuelga la corona del picaporte de la puerta, exclamando por última vez:

—¡Feliz Navidad de todos modos!

Apenas desaparece, cuando dos señores, de aspecto muy serio y muy bien vestidos, hacen su aparición.

—¡Unos clientes! —se alegra Scrooge—. ¡Ya era hora!

Cratchit, ya me ocupo yo de ellos...

Y se frota las manos viendo ya en su mesa las pilas de monedas de oro subir hasta el techo...

—¡Feliz Navidad, señores! (se le escapa). ¿En qué puedo servirles? —pregunta con su más dulce voz.

—¡Feliz Navidad! —contestan a coro los visitantes—. Pedimos limosna para los pobres. Sólo una o dos moneditas y...



...y Scrooge pega un salto. Luego, recobrándose:
—Escuchen bien esto, señores: si dan dinero a los
pobres, no habrá más pobres...

¡Y si no hay más pobres, no habrá trabajo para Vds.!
¡No, de verdad, no puedo hacerles esto!
Y les larga la corona de acebo.



“Decididamente, —piensa Cratchit una vez que se han marchado los visitantes—, no es el momento de pedir un día de descanso. ¡Cómo me hubiera gustado celebrar la Navidad con mis hijos!” Cuando el reloj da las siete, se levanta, dispuesto a irse a casa con su familia.
—¡No tan de prisa, vago! —grita Scrooge—. Este reloj adelanta dos minutos: son las 6h 58’ en mi reloj.
Pero cuando Cratchit se dispone a sentarse de nuevo: —Pase por una vez, —dice... y luego añade—: Y no vengas mañana: ¡tendré más mendigos que clientes, y no quiero pagarte por no hacer nada!
Cratchit no da crédito a sus oídos.
Pero sin, pensarlo dos veces, agarra el saco de la ropa sucia y, dando un sonoro portazo, exclama: “¡Feliz Navidad!”.





Cuando Scrooge salió del despacho, era de noche, las calles estaban desiertas y nevaba copiosamente. Tan copiosamente que ni siquiera se veían las luces de las casas. "¡Poco importa, —pensó Scrooge—, conozco el camino que conduce a mi casa como la palma de mi mano!" Pero cuando por fin llegó, justo en el instante en que metía la llave en la cerradura... ¡¡¡HORROR!!! En la puerta, en el lugar del llamador donde esa misma mañana todavía sonreía la buena y vieja cabeza de león..., estaba... ¡Marley! ¡La cabeza de su socio Marley! Su socio muerto, enterrado, fallecido, difunto, barrido... ¡¡¡desde hacía siete largos años!!! Sobrecogido, el banquero dio un paso atrás: su sombrero salió volando y soltó el bastón!

Una de dos: o salía de
estampida en la oscuridad,
o se precipitaba
dentro de
su casa. Eligió
lo segundo.



¡Había que verle subir de
cuatro en cuatro los
peldaños! Pero, de repente,
se queda helado: un
extraño ruido de cadenas
acaba de sonar. Se vuelve.
¡Es cosa del diablo...! ¡La
sombra de su socio le está
pisando los talones!
Scrooge sale disparado
hacia arriba...



Una vez en el primer piso, se precipita sobre la puerta y la cierra por dentro apresuradamente. Gracias a Dios, como buen Scrooge que es, está prevenido: ¡en caso de apuro, tres enormes cerraduras, cada una con tres vueltas! No es que haya tantas cosas para robar en este piso. Incluso está casi vacío; inmenso pero casi vacío. Y, por una vez, los escasos muebles, de aspecto fantasmal bajo sus grandes fundas blancas, no son muy tranquilizadores. Tanto menos cuanto que el espantoso ruido de cadenas suena de nuevo...





Los dientes de Scrooge castañetea: ¡sabe perfectamente que ninguna puerta, que ninguna cerradura de este mundo impidió jamás pasar a un fantasma! Éste, de todas maneras, tiene buenos modales: toc, toc, toc, llama antes de entrar... Y luego: —¡Mi querido Scrooge! —exclama con los brazos abiertos—, ¿es que te has olvidado de tu viejo amigo Marley? Sí, soy yo, Marley, tu socio Marl...



¡CRASS!

La entrada del fantasma es estrepitosa. Por descuido pisa el bastón olvidado en el suelo: el bastón rueda, el pie resbala...

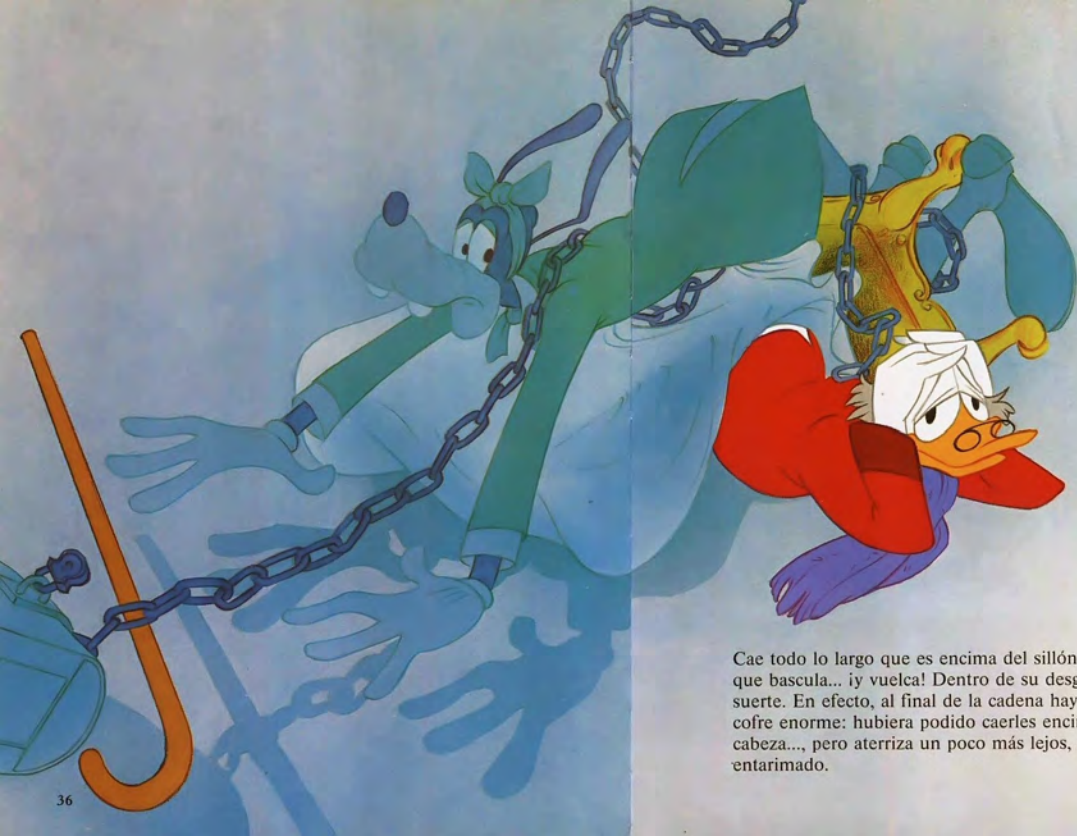
TRI...I...I...IC...

Marley lucha como un loco para no caerse. ¡TRINC!

¡TREATRINC!

¡TRAPITINC! ¡TRASTRINC!

Y cae. ¡CATAPLUM!



Cae todo lo largo que es encima del sillón de Scrooge, que bascula... ¡y vuelca! Dentro de su desgracia, tienen suerte. En efecto, al final de la cadena hay atado, un cofre enorme: hubiera podido caerles encima de la cabeza..., pero aterriza un poco más lejos, sobre el entarimado.

Scrooge se ha incorporado. Ante la expresión alelada del presunto fantasma, se repone del susto (un aparecido tan poco espabilado es difícil de tomar en serio), y dice riéndose a carcajadas:

—¡Tú, Marley, príncipe de los espabilados, rey de los marrulleros, emperador de los golfos, te conocí menos torpe! ¡En verdad, la muerte no te ha sentado bien!

—Cállate, Scrooge, no te rías sin saber... ¿Quieres que te diga lo que es este cofre que estuvo a punto de aplastarte?

—Pero... ¡si es el mismo que enterraron junto a ti!

—Exactamente, —contesta Marley con expresión siniestra.

—¡Y éstas son las llaves!

—¡Magnífico! —exclama Scrooge frotándose las manos—, ¡somos ricos!



—¡No las toques, desgraciado! —grita Marley—, ¿Sabes qué hay dentro de este cofre?

—¡Tu fortuna, pardiez!

—¡Te equivocas, amigo mío! ¡En este cofre están todas mis raterías pasadas, todas mis faltas, todas mis malas acciones, todos mis pecados! ¡Y créeme, es más pesado de llevar que todo el oro que pude reunir! ¡Y estoy condenado a arrastrarlo durante toda la eternidad! ¡Estoy preso, viejo amigo, encadenado! ¡Y tú, Scrooge, si sigues robando a la gente, acabarás como yo!

Scrooge pone mala cara:
su frente se frunce y
sus ojos se ensombrecen.
Entonces Marley alza
frente a él
tres dedos terribles...





—Esta noche, tres espíritus llamarán a tu puerta. ¡No se la cierres! Escúchales bien y haz todo lo que te digan. ¡Es tu última oportunidad!

En esto, Marley se desvanece tal y como había entrado: ¡con un gran ruido de cadenas y sin preocuparse de cerraduras ni de puertas! Entonces el pobre Scrooge vuelve a castañetear. Pero esta vez ya no era por miedo. Tenía calor, tenía frío, su frente estaba chorreando de sudor, y sus pies..., como dos témpanos: ¡tenía fiebre! Se quitó la ropa, se puso el camisón y el gorro de noche, y se metió en la cama. Pero he aquí que una sombra se desliza por el dormitorio...



La sombra no es más que un personaje diminuto con un paraguas. Lo levanta y golpea tres veces sobre las campanillas del despertador: ¡DING! ¡DING! ¡DING!

—¡Ánimo, Scrooge, ha llegado la hora...!

Scrooge entreabre un ojo...

—¡Vamos, más deprisa!

—¿Pero qu..., qu..., quién es Vd.?



—Soy el primero de los espíritus de la Navidad, el Espíritu del Pasado.

—¡Pero... hubiera..., hubiera asegurado que... Vd... sería ligeramente más alto!

—No te burles de los seres pequeños, infeliz Scrooge. ¿Sabes que, si se midiera a la gente por su bondad, tú no serías mayor que un grano de arena?





Scrooge no contesta, tiene demasiado miedo. ¡Pero se pregunta qué es lo que pinta la bondad en todo esto!

Primero, ¿qué es eso de la “bondad”?...

Pero basta de reflexiones: recuerda los consejos de Marley y, a pesar de su miedo, de la noche, de la nieve y de su camión ligero, se agarra como puede al espíritu..., que abre la ventana y lo arrastra a través del cielo, por encima de los tejados, sobrevolando las calles.

—¡Brrrrr! ¡Qué frío hace!

—¡Piensa en las llamas del infierno y entrarás en calor!

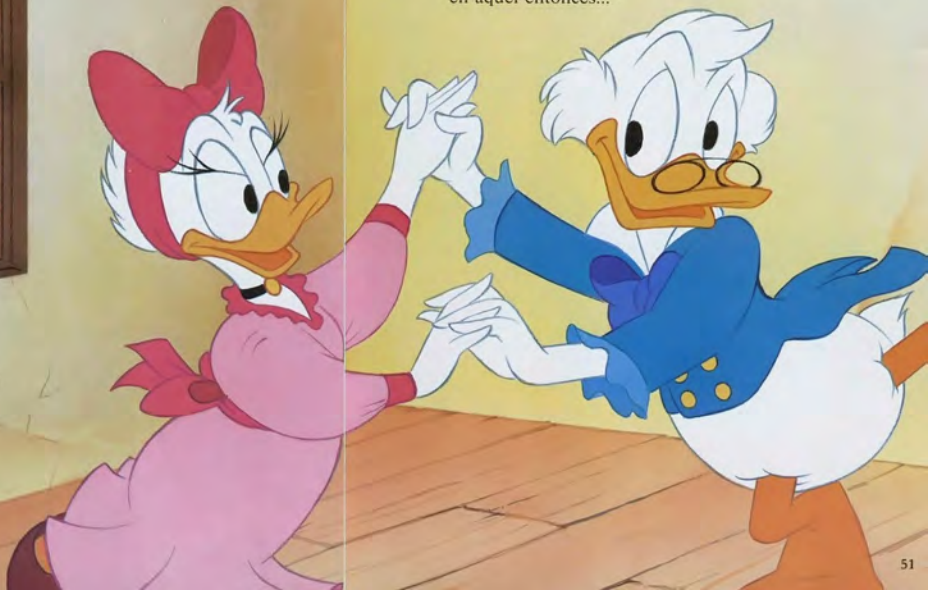
¡A veces pasan tan cerca de la chimeneas que Scrooge se ahoga al respirar el humo que sale de ellas!

—¡Disfruta del viaje en lugar de lamentarte y temblar; no todos los días se ve el mundo desde aquí arriba!



Tampoco todos los días
 aterriza uno en caída libre
 sobre la nieve...
 —¡Pero si es el almacén de
 Fizziwig!
 —¡Ajá! —asiente el espíritu.
 Éste acaba también de
 aterrizar, pero con suavidad,
 gracias a su paraguas.
 —Acuérdate, —añade,
 lúgubre.
 —Me acuerdo... Es verdad:
 Fizziwig tenía “bondad”,
 como dice Vd.; lo recuerdo
 ahora...
 —Muy bien, muy bien...
 —masculla el espíritu, cada
 vez más enigmático—.
 Acerquémonos un poco...





Scrooge se aproxima a la ventana. ¿Qué es lo que ve?
—¡Pero si es mi querida Isabel! Tan joven, tan bonita,
tan dulce, tan... ¡Pero! Pero aquél..., ese joven tímido
que baila bajo el muérdago..., ¡pero si soy yo!
—¡ERAS TÚ! —corrige el espíritu.
Scrooge le dirige una mirada afligida:
—¿Tanto he cambiado?
—¡Que si has cambiado! Tú también tenías “bondad”
en aquel entonces...



—¡Antes de que el dinero te pudiera! —remata el pequeño ser—. ¡Mira ahora lo que la avaricia ha hecho de ti!
—Pero..., pero ahí está mi despacho... ¡Y ésta es otra vez Isabel! ¿Pero por qué pone esa cara?



—¿POR QUÉ? —grita el espíritu—. Abre los ojos y los oídos: ¡lo entenderás!

¡Y Scrooge recuerda como si estuviera ahí!

—Prometiste casarte conmigo, —dice la bella Isabel—, y la bonita villa que he acondicionado en las afueras de Londres era para nosotros dos...

—Sí, sí —dice Scrooge con cara distraída y sin dejar de contar sus monedas... Mientras tanto me debes... *150 peniques!* Y tu villa... ¡la embargo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Tú que decías que me amabas...

Y ella se aleja abatida, entre sollozos.

Una vez solo, Scrooge se felicita:

—¡Le he cantado las cuarenta!

Pero el Scrooge de hoy lo ve con otros ojos.

—¡No pude hacer eso! —gime.

—¡Y, sin embargo, lo hiciste!



De vuelta a su casa, Scrooge se desploma sobre su cama. Las terribles palabras del Espíritu del Pasado retumban en su cráneo:

—¡Y, SIN EMBARGO, LO HICISTE!

¡Sólo por unas monedas de oro, perdiste a la joven que te amaba! ¡Por unas monedas de oro arruinaste toda una vida de felicidad y amor! ¡Se acabó aquella encantadora esposa que te sonreiría al despertar, que te consolaría cuando estuvieras triste y que compartiría tus alegrías! ¡Se acabó aquella bonita casa llena de niños correteando por los pasillos!

¡No más jardín florido! ¡No más niñas balanceándose en los columpios!...

¡SÓLO POR UNAS MONEDAS!

—¡Cuánto me gustaría dormir!, idormir!, idormir! Pero no hay nada que hacer. ¡Además, lo dijo Marley, otros dos espíritus deben llamar aún a mi puerta!

—¡No, Scrooge, no te has vuelto enano! ¡De todos modos, si se midieran los seres por su maldad, serías tan grande como una montaña! Pero, de momento, el gigante soy yo: ¡el Espíritu del Presente! Ven aquí para que te examine...
Y Scrooge, aterrorizado, ve cómo dos enormes manos se le acercan...





—¡Tú, pequeña rata de hucha, rana de cajas fuertes, así que eres tú el que tanto apesta!

—¡Piedad, señor gigante! ¡No me coma!

—¡Comerte, asqueroso pestilente, cuando hay tantas cosas deliciosas que llevarse a la boca!

Y, acto seguido, pasea a su aterrorizada presa por encima de una montaña de manjares de gigante: como aperitivo, cochinitos ensartados en unos palillos; ancas de elefante a la vinagreta como entremeses; un bosque en ensalada, un cachalote relleno, un rebaño entero en un solo pincho y unos postres indescriptibles: itoneladas de turrón, montañas de bollos de chocolate, avalanchas de bocaditos de natas, cascadas de crema... y cataratas de champán!



De repente el gigante suelta a Scrooge encima de una enorme fuente de frutas: aterriza sobre un racimo de uvas, rebotando de grano en grano. Por fin, consigue recobrar el equilibrio. Pero entonces el gigante levanta el racimo por el rabo. Scrooge, desequilibrado, se agarra como puede. —¿Pero de dónde viene todo esto, señor Gigante? —¡Del CORAZÓN, maldito engendro, del CORAZÓN! Todo esto es el alimento de la GENEROSIDAD... ¡GE-NE-RO-SI-DAD, lo que siempre negaste a los demás! —¿La “generosidad”? ¡Jamás he oído hablar de ello! —¡Pues bien!, ¡iiieso es lo que vamos a ver, ingrato!!!

El gigante no vacila: mete a Scrooge en su bolsillo. Y, ¡hop!, ahí está, levantando el techo de la casa... y saliendo como de una vulgar caja de zapatos. ¡Qué oscuro está a pesar de la nieve! Agarra la primera farola que encuentra al alcance de la mano. Ahora todo se ve mucho mejor. —¡Adelante! Camina con buen paso y, en su bolsillo, Scrooge se siente zarandeado. “¡Al menos, estoy calentito!”; se dice.





Pero no las tiene todas consigo:
¿adónde diablos irán en plena
noche y con un temporal así?
En tres ocasiones, por el lejano
sonido de unas carcajadas de
niños, por el eco de un
villancico, por este insoportable
olor a pavo asado, adivina que
pasan cerca de una casa. ¡Toda
esa gente divirtiéndose y
gastándose el dinero...; no, de
verdad, no lo puede soportar!
—¡Final de trayecto! ¡Todos
abajo! —anuncia de repente el
gigante.



Entonces Scrooge descubre la casa más pequeña que haya visto en su vida.

—¡Jamás hubiera pensado que existieran semejantes casuchas en Londres! —se extraña—. ¿Quién diablos puede vivir aquí dentro? Seguramente algún inútil, uno de esos mendigos lastimosos que piden limosna en las esquinas de las calles...

—Acércate y lo verás —dice el gigante, empujándole con el dedo hacia el cristal. ¡Esta vez abre unos ojos como platos!

—¡Pero si es Cratchit, mi empleado!

—¡Tu empleado, exactamente —asiente el gigante—, al que pagas con patadas en el trasero y que pasa todos los días más de quince horas contando tu fortuna! ¿¿¿No es esto GENEROSIDAD??? ¡Y mira lo que tienen de cena en Nochebuena, maldito roñoso!

—Poca cosa, desde luego
—reconoce Scrooge—, pero allí,
sobre la estufa, esa enorme
olla...

—En esa enorme olla —repite el
gigante— adivina lo que hay...

—No lo sé... ¿Un guiso, una
fabada, un cocido?

Pero el gigante niega con la
cabeza.

—¿Un estofado de cordero?

—¡Por qué no un faisán con
nata, trufas y relleno del bueno,
infame cucaracha! Dentro de
esta olla hay..., hay...

Grita:

—... ¡¡¡ITU COLADA

HIRVIENDO, so rata de
alcantarilla!!!

Scrooge se tapa la cara de
vergüenza. Se quiere morir.

¡Pero no se muere quien quiere!
Cuando vuelve a abrir los ojos,
una triste figura se acerca a la
mesa ayudándose de una
muleta.

—¿Y a éste que le pasa?

—pregunta Scrooge.

—Éste es Tiny Tim —gruñe el
gigante—, un pobre chiquillo que
no va a durar mucho...





—¿Qué quiere decir? —pregunta Scrooge con voz quebrada.
—¡Que qué quiero decir, inmundicia ambulante? ¡Que la silla de este niño pronto estará vacía! ¡Padece una enfermedad incurable!... A no ser, claro está, que coma hasta hartarse todos los días y que pueda comprar buenas medicinas..., ipero al ser hijo de pobre, tiene la MUERTE asegurada!
Y el gigante deja escapar una lágrima, que cae sobre Scrooge... y le baña de la cabeza a los pies. Se sacude como puede, escurre su gorro, vuelve a cubrirse..., pero, cuando mira otra vez por el cristal...



—¿Qué ocurre? ¿Qué les pasa?
¿Por qué se ponen a llorar?
Pero por mucho que Scrooge
repita sus preguntas, el
gigante permanece mudo,
boquiabierto, aún más
sorprendido que él.
—¡Tiny!... ¡Tiny!... ¡Tiny Tim!
—grita Scrooge hasta
enronquecer.
Pero, de pronto, ya no oye
siquiera su propia voz: un
espantoso estruendo de
campanas se desencadena en
la noche. ¡No son los alegres
repiques de Navidad, sino
horrorosas campanas que
tocan a difuntos y que deben
oírse hasta en el fin del
mundo!

Y entonces, una nube de humo, como salida de las entrañas de la tierra, se extendió por el lugar. El gigante desapareció. Scrooge nota que le levantan, se resiste, bate con los pies y las manos, pero redoblan las campanas... ¡y la tormenta se lo lleva! —¡Socorro! ¡A mí! ¡Auxilio! ¿Señor Gigante, dónde está? ¿Dónde está? ¡Socorro! ¡A mí! ¡Soc..., el humo le agarra por la garganta.





Scrooge no recuerda haber estornudado tan fuerte en su vida. El silencio que sigue es tan grande, tan extraño, tan impresionante, que tiene la impresión de haber acallado él mismo las campanas con ese estornudo... Cuando se pone de nuevo las gafas, ¿qué ve? Tumbas, losas, panteones y estelas funerarias: ¡se encuentra en un cementerio, un cementerio que la noche y la nieve hacen aún más siniestro! Pero allá... ¿Qué es? ¡Algo se ha movido! Abre de par en par los ojos... y la cosa se muestra más nitida: es... ¡GIGANTESCA!



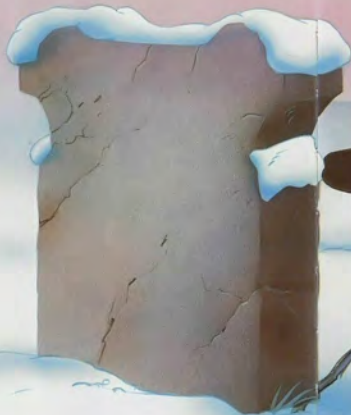
Más exactamente, es algo monstruoso. Enciende una cerilla:
—Extraño lugar para festejar la Nochebuena, señor...
¿Está buscando a alguien? ¿En qué puedo servirle?
Pese a estas amables palabras, Scrooge no las tiene
todas consigo. Unos ojos centelleantes y una sonrisa
oblicua (¡por no hablar de los hombros!); ¡seguro que
no va a tener que vérselas con un monaguillo o con
una hermanita de la caridad! Y si fuera...





—Es Vd. el Espíritu del Futuro, ¿verdad?
La pregunta le salió de la boca a pesar suyo. Y, como no obtiene respuesta, teme haberle ofendido. Sin embargo, estando a punto de disculparse, cambia de parecer. “¡A estas alturas —piensa— más vale ir derecho al grano...!”
—Sí, busco a alguien, a un tal... Tiny Tim. Entonces, siempre sin decir palabra, el monstruo levanta un brazo señalando una tumba.

Scrooge no ha dado aún tres pasos en esa dirección cuando se para, petrificado: la tumba en cuestión es menos vieja que las otras, y la nieve que la cubre, menos espesa. Cratchit está ahí. Tiene en las manos la muleta de Tiny, y en los ojos..., itoda la tristeza del mundo! Detrás de él, su mujer y sus otros hijos se alejan llorando. Scrooge quiere hacer algo, pero apenas ha abierto la boca cuando el horroroso ruido de campanas se desencadena de nuevo. La tierra tiembla bajo sus pies. Se tapa los oídos con las manos, cierra los ojos...



Cuando los vuelve a abrir, una vez vuelto el silencio, hay una tumba abierta a sus pies. El monstruo sigue allí, fumando tranquilamente su puro.

—¡Señor Monstruo! —suplica Scrooge—, dígame que todo esto no existe; no todavía; que Tiny no ha muerto, que esta tumba...

—¡Esta tumba! —ríe socarronamente una voz a sus espaldas.

Se vuelve: nadie.

—¡Esta tumba! —repite otra voz...

A su derecha, de nuevo: nadie. Luego, por su izquierda: —¡Esta tumba!...

Otra vez nadie.





Entonces Scrooge se asoma a la boca de la fosa: tal vez venía de ahí la horrible voz..., ¿quién sabe?

—¿Hay alguien dentro?

—pregunta tímidamente.

—Todavía no, todavía no..., ¡pero no tardará!

Esta vez, está seguro, es el monstruo, detrás de él, quien le ha contestado. Quiere volverse..., pero el otro, poniéndole su brutal zarpa sobre la nuca, se lo impide:

—Esta tumba, señor..., ¡ES LA SUYA! ¡Vd. primero, por favor! Y el puño de hierro le empuja hacia el interior de la fosa.

—¡Socorro! ¡A mí! ¡Piedad!

El abismo parece sin fondo. Mientras cae y cae y cae..., Scrooge tiene diez veces, veinte veces, cien veces el tiempo de pedir auxilio en todos los tonos. Pero, en lugar de ayuda, sólo ve desfilar delante de él a todas las víctimas de su maldad pasada: a los pobres que despreció, a los mendigos que rechazó, a la novia que traicionó y, sobre todo a Cratchit y su familia. Todos le miran fijamente y con aire de reproche. Sólo Tiny cierra los ojos.

¡Y Scrooge sabe bien por qué!

—¡Socorro! ¡A mí! ¡Piedad! ¡A partir de ahora seré bueno!
¡Nunca más seré malo! ¡Nunca más! ¡Nunca más!





“¡Otra vez esas malditas campanas!”
—se lamenta Scrooge para sus adentros—. ¡Me perseguirán siempre por todas partes!” Pero, de repente, algo cambia: el repicar se vuelve más claro, más suave, más familiar... Scrooge entreabre los ojos. ¡Milagro!
—¡Pero si es mi habitación!
—exclama—. ¡Estoy al pie de mi cama! Y estas campanas...
Se levanta de un salto y corre a la ventana: estas campanas no son las del infierno, como creía, sino las de la buena y vieja catedral de San Pablo. Y no es un entierro lo que anuncian, sino el día de Navidad. ¡Oh! ¡Qué placer da oír las!
“Razonemos —piensa Scrooge—: si estoy todavía vivo, mi último visitante esta noche era realmente el Espíritu del Futuro, y si era el Espíritu del Futuro... ¡Tiny Tim también está vivo! ¡iiiHURRA!!!”

En su precipitación,
Scrooge sale de su casa con
el sombrero en la cabeza
por todo atuendo. Regresa
al instante y vuelve a salir
como el rayo, acabando de
vestirse.

—¡No hay que perder un
minuto! —grita—. ¡Sé de
algunos que van a
sorprenderse!

No ha andado diez pasos
cuando tropieza con los
postulantes del día anterior:

—¡Feliz Navidad, señores!
¿Cómo van los negocios?

No muy bien, me figuro...

¡Oh!, ya lo sé, la gente es
muy egoísta en nuestros
días, pero no hay que
reprochárselo: es porque
son ignorantes...





—¡Tengan! —Y deposita una gran bolsa de oro en uno de los dos platillos:
—¡Para los pobres!
Los dos postulantes creen estar viendo visiones. Pero justo cuando esbozan un “gracias”, otra bolsa cae en el otro platillo:
—¡Para los minusválidos!
Luego, una tercera, en el bolsillo del más gordo:



—¡Para los huérfanos!
Una cuarta, en el bolsillo del más alto:
—¡Para las viudas!
—Pero es demasiado, señor Scrooge, no...
No pueden decir más: Scrooge les coloca entre los dientes sus dos monedas de oro más bonitas:
—¡Ahí tienen; para Vds., señores!
Y desaparece.

Unos metros más allá, siempre fiel al puesto, entonando cánticos, está el Ejército de Salvación; ahora les toca a ellos recibir su oro y sus buenos deseos. Se va otra vez con el mismo paso, repitiendo a voz en grito:

*¡Navidad! ¡Navidad!
Día bendito, día de alegría...*

—¡Pero si es mi querido sobrino! ¡Hola, Fred! ¡Que el pavo esté bien asado y las castañas en su punto!

Sólo un asunto que arreglar a toda prisa, y estoy con vosotros.

¡Hasta luego!

Fred y su caballo se miran, pasmados.





Scrooge, por fin, llama a casa de Cratchit. Ahora lleva,
a cuestras, un enorme paquete...
Cratchit, impresionado, acude seguido de Tim:
—¡Señor Scrooge! Pase, pase... ¿Vd..., Vd...



...tomará... algo con nosotros?
—¡No tengo tiempo que perder, amigo mío —dice
blandiendo su bastón—; he aquí un buen montón de ropa
sucia, y quiero que me lo laven rápido!



—¡Pero es Navidad, señor! —exclama la señora Cratchit al oír estas palabras.

Scrooge se vuelve hacia ella, y entonces es cuando un oso de peluche se cae de su bolsillo.

—¡Mira esto, hermanita! —exclama Tim, divertido.

La niña está encantada: unos ositos que tan sólo han podido ver detrás de un escaparate... ¡Si pudiera coger éste y tocarlo, sólo una vez!



¡Pero, ay, apenas ha tendido la mano cuando el “señor” da media vuelta mostrando unos ojos furiosos... Pero, en vez de pegarla como ella se esperaba... ¿Qué hace el Señor”?... ¿Qué hace?... Deposita su gran saco delante de ella y de su hermano y ordena:

—¡Abridlo!

¿Y qué encuentran dentro del saco? ¡Un montón de regalos en unos bonitos paquetes que se llevan en seguida para abrirlos junto al árbol de Navidad!

—¡Una muñeca! ¡Oh! ¡Gracias, señor Scrooge!

—¡Un tambor! ¡Oh, gracias, señor Scrooge!
—¡Un caballo con mecedora! ¡Oh, gracias!
Y los niños saltan al cuello del señor Scrooge.
—¡A comer, niños! —grita alegremente la señora Cratchit—.
El buen señor Scrooge nos ha traído también un pavo
con castañas y un tronco de Navidad. ¡A comer!
—¡Por supuesto, querido señor Scrooge —añade Cratchit—,
se queda Vd. a comer con nosotros!
—Es que Fred..., mi sobrino...
Pero Scrooge no vacila más tiempo:
—Después de todo, da igual —decide finalmente—. Me
esperarán. Y además... ¡hay que celebrarlo!



¡Dos buenas comidas no es demasiado para
un día de Navidad!
—¡Sí, hay que celebrarlo! —asienten a coro
todos los niños.
—¡Viva el señor Scrooge!
—¡Y viva Osito! —añade la
hermana pequeña.



En el poste, como guinda, el señor Scrooge ha anunciado que a partir de hoy triplicará el salario de Cratchit... y que a partir del mes próximo le nombrará... ¡su socio!

—Así —concluyó—, podréis llevar a Tiny Tim al médico. ¡Y les doy mi palabra de que antes de la próxima Navidad estará restablecido!

Los padres no pudieron resistirlo más tiempo: lloraron de alegría, y poco después, el señor Scrooge con ellos. “¡Qué gusto da —pensó—,

QUÉ GUSTO DA SER BUENO Y GENEROSO!”



No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© The Walt Disney Company
1988 Ediciones Gaviota, S. A.
Reservados todos los derechos.
ISBN: 84-241-8436-5
Depósito legal: L.E. 1002 - 1988
Printed in Spain
Impreso en España

Editorial Evergráficas, S. A.
LEÓN

Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8436-5



Merlin el Encantador

Pinocho

Peter Pan

Alicia en el País de las Maravillas

El Libro de la Selva

Donald y sus amigos

Basil, el ratón superdetective

Tarón y el caldero mágico

La Cenicienta

Dumbo

La Bella durmiente del bosque

Bambi

Blancanieves y los siete enanitos

Los Aristogatos

101 Dálmatas

La Dama y el Vagabundo

La Navidad de Mickey

Robin Hood

El osito Winnie

Tod y Toby

Los Rescatadores



Ediciones Gaviota, S.A.